



25 de diciembre de 2008

Amados Hermanos y Hermanas en Cristo,

¿Cuántas veces nos hemos reunido alrededor del pesebre en la Navidad para contemplar el nacimiento de Cristo en Belén? Año tras año relacionamos la Navidad con la escena del Nacimiento: los ángeles, los pastores, los Reyes Magos, José, María y el Niño Jesús. Sin embargo, no debemos pensar en el Nacimiento de Cristo únicamente como un singular acontecimiento histórico. En la primera Navidad, el Hijo de Dios nació en Belén, pero hoy, en esta Navidad, Él desea nacer en nuestros corazones.

Así como a Cristo se le dio un hogar en Belén, nosotros también debemos darle un hogar a nuestro Salvador dentro de nuestro ser, permitiéndole entrar en nuestros corazones con Su Don de la esperanza. Recuerden el tema de la visita del Santo Padre a los Estados Unidos este año, “Cristo, Nuestra Esperanza.” Sí, hermanos y hermanas, el Niño Cristo que viene a nosotros hoy es verdaderamente la génesis de nuestra esperanza perdurable.

En el transcurso de este último año, hemos sufrido mucho estrés. Los actos de terrorismo y los desastres naturales, una divisiva y larga elección presidencial, y las dificultades y preocupaciones económicas han contribuido a crear un sentido de desesperanza y de falta de unidad. Pero no debemos desesperarnos porque nuestra verdadera esperanza está en el Señor, al celebrar Su Nacimiento en Belén y al esperar y acoger con alegría cada vez mayor Su Venida como Salvador Nuestro cada día.

Mi oración de Navidad por ustedes en este Año Paulino hace eco de la oración del Apóstol: que “Cristo habite en sus corazones por la fe, y sean arraigados y edificados en el amor. Así podrán comprender, con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad; en una palabra, ustedes podrán conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para ser colmados por la plenitud de Dios” (Efesios 3:17-19). Este año, demos individualmente la bienvenida al Señor Jesús en nuestros corazones, para que seamos reflejo de Su Esperanza, que Él hace presente dentro de nosotros, y llevemos esa esperanza a todas las personas con quienes vivimos, trabajamos y nos relacionamos.

Llevaré a cada uno de ustedes ante el Niño Cristo en el pesebre en mis oraciones diarias y en las Santas Misas durante la temporada de Navidad y en todo el Año Nuevo. Unido a ustedes en la esperanza que es Cristo Jesús, me suscribo,

Fielmente en Cristo,

Reverendísimo Paul S. Loverde
Obispo de Arlington